



#tuitsdecultura

Gispert: “Un país que no inverteix en els infants és un país miop, és un país que condemna el seu futur”.
#Mercè14 #PregóMercè

@bcncultura
Barcelona Cultura Web Ajuntament BCN

DEP al bon Narcís Castanyer: tants serveis a l'educació i la cultura. Durant 20 anys patró de la @FundacioBofill
pic.twitter.com/ONeLjzgLmO

@ismaelpalacin
Ismael Palacin Fundació Jaume Bofill



Antonio López ha terminado el retrato de la familia real y en esos veinte años han entrado en crisis tanto la realeza como su realismo

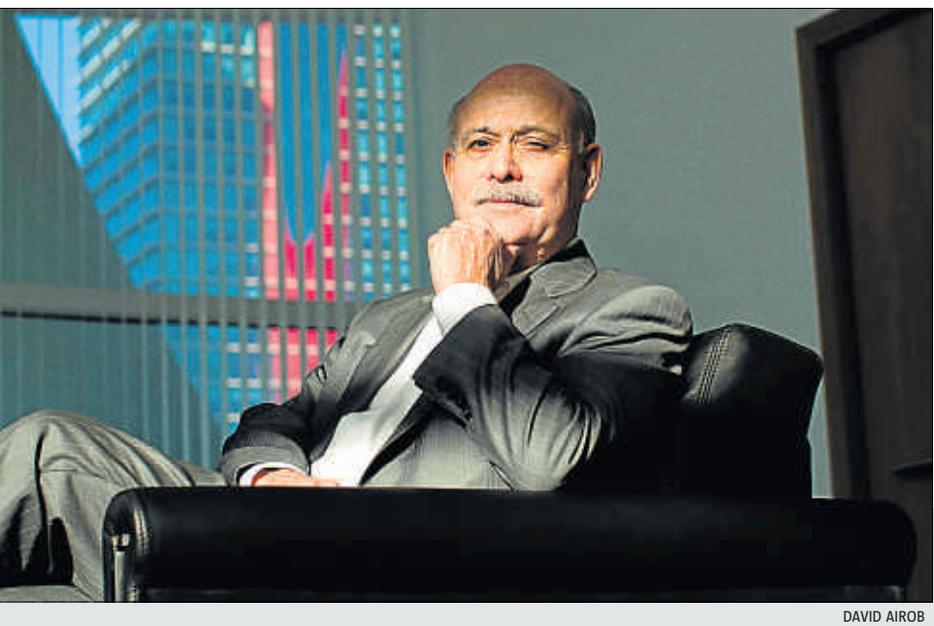
@jorgecarrion
Jorge Carrion escritor

Si volem tenir ous tot l'any no poseu la gallina a la cassola. Això és la sostenibilitat #movidic14

@fundesplai
@carlesbarba
Carles Barba Vicepres. Fed. Cat. Esplai



BEN HIDER / AP



DAVID AIROB

ción lo que se ha contraído. El PIB.

Esta colaboración entre usuarios es la clave, a juicio de Rifkin, del nuevo paradigma que se nos viene encima y que, profetiza, acabará siendo hegemónico en este siglo. Repara en un dato relevante: “Tras la Gran Recesión, el PIB mundial ha ido creciendo a un ritmo cada vez menor. Aun-

LA RELATIVA IMPORTANCIA DEL PIB

“Los beneficios empresariales se empiezan a evaporar y los derechos de propiedad pierden fuerza”

que los economistas señalan varias causas (...), puede que haya otro factor subyacente de gran alcance que, aun siendo todavía incipiente, explique al menos en parte esa desaceleración del PIB: A medida que el coste marginal de producir bienes y servicios se va acercando a cero en un sector tras otro, los beneficios disminuyen y el PIB se reduce. Por otro lado, el hecho de que más y más bienes y servicios sean prácticamente gratuitos hace que se compre menos en el mercado, lo que también reduce el PIB. (...) También aumenta el número de usuarios que prefieren acceder a ciertos bienes antes que tenerlos en propiedad y deciden pagar únicamente por el tiempo que utilizan un automóvil, una bicicleta, un juguete, una herramienta o cualquier otra cosa, lo que también se traduce en una bajada del PIB. (...) Cuanto más crece el número de prosumidores (consumidores que son también productores), más actividad económica pasa de la economía del intercambio en el mercado a la economía del compartir en el procomún colaborativo, con la correspondiente contracción del crecimiento del PIB”. En conclusión: “Los prosumidores no sólo crean y comparten en el proceso colaborativo información, entretenimiento, energía verde, productos impresos en 3D (casas, muebles y ahora también coches) o cursos por internet, sino que también comparten con un coste marginal muy bajo o casi nulo vehículos, viviendas, prendas de vestir y muchas cosas más”.

Rifkin asegura que esta reducción del PIB no debe entenderse como un empobrecimiento, ya que el PIB es un indicador parcial y mejorable de la salud económica de un país, y su retroceso supone, en todo caso, una reducción del impacto sobre el medio y una mejor gestión de los recursos: si se comparten segundas residencias o coches, se reduce el consumo de materias primas; la autoproducción energética –que Alemania está impulsando para sustituir las energías fósiles y reducir la dependencia energética, y a la que en España se le ha metido un severo rejón– es genuinamente sostenible.

Por eso, a medio plazo, Rifkin cree que este retroceso del capitalismo (y del PIB) es inteligente y necesario. E inevitable. “Y provocará enormes cambios económicos, políticos, sociales y psicológicos”. Un nuevo paradigma. “El poder narrativo de un paradigma se basa en la descripción exhaustiva de la realidad”, y por eso Rifkin, que no es un apocalíptico sino un integrado, es muy exhaustivo en su libro. Sostiene que este cambio es tan importante como “el paso de la caza a la agricultura”. Los síntomas están ahí: “Los beneficios empresariales se están empezando a evaporar, los derechos de propiedad pierden fuerza, y la economía basada en la escasez deja paso, lentamente, a una economía de la abundancia”. Y todo empezó compartiendo música.●

Llàtzer Moix



Verdades negadas

Alicia Sánchez-Camacho afirmó el Onze de Setembre por la mañana que el independentismo está “en decadencia” y en “su fase final”. Luego, por la tarde, ese independentismo moribundo congregó a cerca de un millón de personas. Quizás a Camacho le parecieron zombis, pero lo cierto es que la manifestación no tenía, precisamente, aire fúnebre. ¿Bastó esa cifra para que la infatigable líder de los populares catalanes rectificara sus palabras? Pues no, no bastó. Para Camacho no debe haber verdad mayor que la dictada por su credo o por sus deseos. Aunque sea mentira.

“La verdad es la primera víctima de la guerra”. Esta frase se atribuye a Esquilo de Eleusis, que vivió hace veinticinco siglos. Sabemos por tanto de antiguo que cuando dos pelean se olvidan de la verdad y la sustituyen por su doctrina. Sabemos también que ese tipo de verdad vale poco. Y, sin embargo, tratan de colocárnosla con regularidad de autómatas, como si fuera a aumentar la confianza que nos inspiran, en lugar de minarla más.

El llamado proceso catalán todavía no es una guerra. Pero ya segrega altas dosis de falsas verdades. Incluso entre instituciones que creíamos poco inclinadas a la trola. Cuando la Guardia Urbana afirma que llenaron la Diagonal y la Gran Vía 1.800.000 personas, y la Delegación del Gobierno sostiene que fueron medio millón, una de las dos está mintiendo mucho. O quizás mientan las dos. Y eso no deberíamos aceptarlo ni olvidarlo.

Por no hablar de la prensa de derechas madrileña, que trató de ocultar la verdad en sus ediciones relativas a la Diada, destacando la manifestación unionista de Tarragona por encima de la secesionista de Barcelona, a pesar del éxito de esta y de la relativa irrelevancia –fue muchísimo menor– de aquella.

Cuando la verdad incomoda o contradice, siempre cabe la posibilidad de ocultarla, piensan muchos. O incluso de negarla, presentando

Un carnet de puntos para políticos permitiría restárselos y evitar que se instalen en la mentira

en su lugar como cierto lo que no lo es. Muchos políticos españoles están haciendo grandes progresos en este terreno; de hecho, viven ya afincados en él. Lo cual puede significar dos cosas: que creen que pueden engañar impunemente a sus electores o que han perdido la cabeza. Lo primero sería grave. Lo segundo, más. ¿Qué credibilidad nos va a merecer, en adelante, aquel que con tanto desparpajo niega la evidencia?

La verdad está viva y, por tanto, puede recibir algún golpe y abollarse un poco. Algunos dirigentes irreflexivos prefieren el atajo de la mentira o la ilusión al camino a veces más incómodo de la verdad. Pero si aspiran a representarnos deben respetarla. La verdad debería ser para ellos lo que el código de circulación para los automovilistas: una norma básica de convivencia. Y, ya metidos en analogías, sugiero que se instaura el carnet por puntos para políticos, de manera que vayan perdiéndolos mentira a mentira y sean apartados temporalmente de su actividad cuando se queden a cero.